

MEMORIA Y CULTURA JUNTO A INTERNET: NI RETOS NI DESAFÍOS³⁴

1. Explicación del título.

He creído oportuno como tema de esta conferencia hacer una previa aclaración sobre su título. Al principio pensé en otro epígrafe, mucho más polémico, en el que la locución preposicional **junto a**, es decir, "en colaboración con" aparecía sustituida por la más agresiva de **frente a**, es decir, "en contra de", de donde el título inicial resultante hubiera sido "Memoria y cultura frente a Internet". Si hubiera elegido ese título, hubiera sido injusto. ¿Qué hubiera pasado si ustedes hubieran leído en el programa de esta edición de *Infancine* el título de "Memoria y cultura frente a Internet"? Pues lo lógico es que habrían pensado que el ponente piensa que una cosa es la memoria y la cultura y otra, bien distinta, es Internet. O, por decirlo de una manera más radical: que el conferenciante opina que en Internet no hay ni memoria ni cultura.

Así que, dándole vueltas al tema de la conferencia y al título acorde, pensé que lo justo y apropiado era emplear la locución preposicional **junto a** en vez de **frente a**, porque sin duda alguna Internet es uno de los avances más espectaculares que, en el terreno de información y de la comunicación, se ha producido en la época en que vivimos, hasta el punto de que cuando se habla –por cierto, de forma bastante rimbombante– de "**la era de la información**", sin duda se está pensando en Internet. La locución preposicional **junto a**, al significar "en colaboración con" o "complementándose con" hace más justicia a la situación y a las reflexiones que intento ofrecerles. Por muchos recelos y reticencias que yo pueda tener, no puedo situarme en contra de Internet, como si fuera un apocalíptico de los que en su día habló Umberto Eco. Y no puedo porque, en primer lugar, no me haría justicia a mí mismo, pues tengo colgados de Internet varios trabajos, en concreto sobre escritores

³⁴ Esta ponencia –cuyo formato he querido respetar– la presenté a la última edición de *Infancine*, celebrada entre los días 29-31 de marzo de 2006 en la Facultad de Educación de la Universidad Complutense de Madrid. El Simposio de *Infancine* en esta ocasión se presentó con este título genérico: "Comunicación audiovisual para la educación, y aprendizaje multimedia, en la era digital".

como Luis Cernuda, Rafael Alberti, Miguel Delibes y Rafael Sánchez Ferlosio. Son trabajos que me han costado horas de esfuerzo, tesón y paciencia, y son trabajos que, con todos sus defectos, pienso yo que podrán ser útiles a quienes los consultan: al menos esa confianza es la que me han dado tanto el Instituto Cervantes, a través de su Centro Virtual Cervantes, como el Portal de Humanidades Liceus.com, que son las dos direcciones de Internet donde figuran los citados estudios.

Una segunda parte del título también merece una explicación: **"ni retos ni desafíos"**. Esto, sin duda alguna, resulta llamativo, y está puesto ahí, no sin cierta maldad, tanto como un ejercicio de estilo que espera llamar la atención del público como una sonora protesta hacia lo que suelen ser los lugares comunes y otros tópicos del mundo de la pedagogía, sin olvidar al de la información y a los políticos. Ante cualquier aspecto de nuestra época que entrañe novedad o problemas, pedagogos e informadores se cuelgan de esas expresiones dichas en sentido figurado hasta tal punto que se podría pensar que la realidad está llena hasta rebosar de duelos de espadachines y matones. Y no olvidemos que los políticos también suelen echar mano de estos lugares comunes, pues son muy aficionados a hablar de "los retos" que se les presentan. Dirán ustedes que todo esto no es sino una cuestión de palabras, puesto que, efectivamente, se trata de un reto o de un desafío en sentido figurado, porque la vida es lucha en todas sus dimensiones. Pero que conste que soy enemigo enfermizo de los clichés y de los lugares comunes, que yo siempre intento esquivar, aunque solo sea por una cuestión expresiva o estética, y, por supuesto, a veces con resultados nulos.

En definitiva, se trata de no caer en un entreguismo sin condiciones, es decir, sin reflexión crítica frente al fenómeno de Internet. Porque cuando se habla "del reto de Internet" o "del desafío de Internet" parece como si Internet fuera una especie de gigantesco paraíso terrenal al que conviene conocer, amar, reverenciar y entregarse a ciegas, aplicándolo sin más, como es el caso del tema de este Simposio, a las técnicas educativas.

Memoria y cultura junto a internet: ni retos ni desafíos por Pedro Carrero Eras

2. Una anécdota literaria sobre los niños y la memoria.

Voy a contar una anécdota sobre la memoria como simple facultad de reproducir lo aprendido, sin que esto suponga ni conocimiento pleno de lo aprendido ni reflexión alguna.

En *Viaje a la Alcarria*, de Camilo José Cela, escrito entre 1946 y 1947, el viajero llega al pueblo de Casasana y conoce su escuela, que le enseña la maestra. La maestra es “una chica joven y mona, con cierto aire de ciudad”. Esta maestra presenta con orgullo a algunos de sus discípulos, y le dice al viajero que les haga preguntas. Ahora le toca el turno a una niña. La escena se desarrolla así:

–Ahora tú. ¿Cuál fue la mejor reina de España?

–Isabel la Católica.

– ¿Por qué?

–Porque luchó contra el feudalismo y el Islam, realizó la unidad de nuestra patria y llevó nuestra religión y nuestra cultura allende los mares.

La maestra complacida le explica al viajero:

–Es mi mejor alumna.

La chiquita está muy seria, muy poseída de su papel de número uno. El viajero le da una pastilla de café con leche, la lleva un poco aparte y le pregunta:

– ¿Cómo te llamas?

–Rosario González, para servir a Dios y a usted.

–Bien. Vamos a ver, Rosario, ¿tú sabes lo que es el feudalismo?

–No, señor.

– ¿Y el Islam?

–No, señor. Eso no viene.

La chica está azorada y el viajero suspende el interrogatorio³⁵.

³⁵ Camilo José Cela: *Viaje a la Alcarria*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 4ª ed., 1964, págs. 128-129. Al comienzo del libro, en Guadalajara, el viajero se había tropezado con un niño de trece años muy sabio, Armando Mondéjar López, que le había preguntado: «¿Me permite usted que le acompañe unos hectómetros?». Y el viajero, que siente una admiración sin límites por los niños redichos, le había respondido: –

Está claro que, cuando hablamos de la memoria, no nos estamos refiriendo a la repetición automática de lo aprendido, como si de un loro o papagayo se tratara. Nuestra idea de la memoria y, sobre todo, del ejercicio de la memoria, tiene que ver con algo mucho más racional y constructivo. Es muy revelador cuando la niña dice "Eso no viene". Esa respuesta supone la sumisión absoluta al libro de texto, en un sistema educativo en el que se practicaba el memorismo, es decir, ese anticuado sistema pedagógico que concede mayor importancia a la memoria —o, por emplear una expresión coloquial, a aprenderse las cosas "de memorieta"— que a la inteligencia o el pensamiento discursivo. Por cierto que la respuesta "Eso no viene" me recuerda, salvando las distancias, el "Eso no entra", que es la observación que hace algún alumno cuando el profesor, en un examen escrito, le pregunta algo que perteneció a la materia que "entraba" en el parcial anterior, o no "entra" porque es algo que no se ha explicado en las clases, aunque "entre" en el programa.

Tanto la pregunta de la maestra sobre la mejor reina de España —la reina Isabel la Católica— como la respuesta de la niña son un ejemplo del nacionalcatolicismo que, en todos los órdenes, se practicaba en la posguerra. Unas circunstancias históricas en las que, precisamente, no interesaba que el educando pensara por su cuenta, aunque siempre habría familias cultas y con posibles en las que el niño tendría la oportunidad de saber (ya sea porque se lo preguntara a los padres o por tener una biblioteca en casa, o por las dos cosas a la vez) qué significaba feudalismo y qué significaba Islam.

Hay anécdotas muy sabrosas sobre la memorización a ultranza de lo que aparecía en los libros de texto. Como una que me contó un Catedrático del Instituto de San Isidro de Madrid. En una ocasión, durante la prueba oral de un examen de literatura, al examinando le preguntaron por el Infante Don Juan Manuel, el autor, como ustedes saben, de *El Conde Lucanor*. El que se examinaba, ni corto ni perezoso, comenzó de esta manera: "El Infante Don Juan Manuel era hijo del mangante". "¡Hombre, le contestaron, usted habrá querido decir magnate!". "No señor —protestó el examinando— en el libro dice 'mangante'". Y, a pesar de su incredulidad inicial, el tribunal fue a

Bien; te permito que me acompañes unos hectómetros». Extremando las cosas, hoy, en plena era digital, podríamos preguntarnos: ¿sabe un niño de trece años lo que es un hectómetro, o los árboles de tanta tecnología no le dejan ver el bosque?

Memoria y cultura junto a internet: ni retos ni desafíos por Pedro Carrero Eras
 consultar el libro y descubrieron, muy sorprendidos, que, efectivamente, decía que “el Infante don Juan Manuel era hijo del mangante”³⁶.

3. Romper una lanza por la memoria.

Yo aprendí de niño muchas cosas de memoria, sin saber exactamente, como el resto de los niños, el significado exacto de muchos, muchísimos términos: por ejemplo, me sabía perfectamente la música y la letra de aquella canción mariana que cantábamos en el patio durante el mes de mayo, ante un altar de la Virgen: “Venid y vamos todos con flores a porfía, con flores a María, que Madre nuestra es...”. Pues bien: yo no entendía bien lo que significaba porfía, y creo que lo identificaba con un nombre propio, con un sinónimo de la Virgen, así, Porfía, con mayúsculas. Y es que ni yo me preocupé por preguntar sobre el asunto a nadie ni nadie se preocupó por aclarármelo.

Saberse de memoria la letra de una canción repetida hasta la saciedad no tiene especial mérito. Lo que sí ya iba teniendo mérito –y adquiriría caracteres un tanto monstruosos– era saberse de memoria, de pe a pa, un texto entero de la Historia Sagrada: no era un texto muy grueso, esa es la verdad, no vayan a pensar ustedes, pero como a mí me suspendieron en Historia Sagrada, pues me propuse aprobar con nota. Así que, en las tardenoches de una temporada, me encerraba en una habitación –una habitación que se usaba poco en casa, y que recuerdo como un tanto descarnada, con su bombilla colgando desnuda del techo– y repetía una y otra vez los textos, hasta guardarlos en mi memoria. Y aprobé con sobresaliente, e incluso llegué a estar durante alguna temporada en aquel ominoso “Cuadro de Honor” que se estilaba en los colegios de la época, sin duda para estimular a los educandos, hasta que me cansé, bajé la guardia y otros niños vinieron a suplantarme, en

³⁶ Claro que tampoco se entiende muy bien que se defina como “magnate” al infante don Manuel, hermano de Alfonso X el Sabio, pues este término se usa hoy más para el mundo de las altas finanzas. Sobre disparates y erratas se podrían escribir libros enteros. Cabe decir que las nuevas tecnologías, a mi entender, no solo no han solucionado el problema de los errores y de la erratas, sino que los han aumentado. Ahora se envía a la imprenta un texto en soporte informático en la confianza de que todo está en orden, y, en esa confianza, no se corrigen pruebas, porque ni siquiera te las mandan. Y no debe ser así, como bien sabemos: además, el texto se manipula al componerlo, y en ese proceso siempre se producen alteraciones.

repugnante competición de émulos que los frailes instigaban con sus procedimientos.

Sin embargo debo aclarar una cosa: aquellos ejercicios de memorismo sobre lo que contenían los libros de texto, quedaron, con sus nombres propios y sus términos, grabados en mi cerebro y, después, andando el tiempo, fueron adquiriendo significado, renacieron de la costra en la que se hallaban encapsulados, y fueron poco a poco reciclándose y cobrando vida, de manera que, a su conjuro –qué se yo: Judith, Holofernes, la Tierra Prometida, el Pueblo de Dios, Singapur, el Mar de Azov, Víctor Hugo, Gustavo Adolfo Bécquer...–, al pronunciarlos, tenían ya acomodo y sentido, se clasificaban, se ordenaban: términos de la Historia Sagrada, de la Geografía, de la Historia de la Literatura...

Sí: debo poner un énfasis especial en aquella literatura que aprendimos, porque pertenezco al área de conocimiento de Literatura española. Aquella Historia de la Literatura se estructuraba de la siguiente manera memorística, como si de una guía telefónica se tratara: períodos de la historia literaria, vida del autor, lista de obras y algo sobre su estilo. (Todavía no se había extendido por España la saludable moda del comentario de textos, que vendría muy de la mano de Fernando Lázaro Carreter). A pesar de todos los pesares, recuerdo muy bien y con cierto cariño aquel libro de Historia de la Literatura, y cómo lo iba yo resumiendo, o simplemente copiando, con una de aquellas pesadas máquinas de escribir que alguien había traído a casa, y quizá ahí ya se estaba marcando mi futura vocación. Recuerdo muy bien, por ejemplo, cómo me llamaba la atención el hecho de que la mayoría de los escritores solían tener una vida repleta de privaciones y penalidades, muchos morían en plena juventud y todos, tarde o temprano, acaban mal, es decir, enfermaban y se morían. Se ha criticado mucho aquellos libros de literatura exclusivamente memorísticos, pero a mí me sirvieron.

Opino, en este sentido, igual que Luis Alberto de Cuenca, que nos dice que en 2º y 3º de Bachillerato tuvo que estudiar "la cruel disciplina de la morfosintaxis" en una asignatura llamada "Español", que consistía en "destripar el idioma, abrirlo en canal con el escarpelo de la gramática al uso y mostrarnos sus vísceras sangrantes"³⁷. Y sigue diciendo de Cuenca que en 4º, en cambio, se encontró con una asignatura que se llamaba "Historia de la Literatura Universal", y añade:

³⁷ Luis Alberto de Cuenca, *Poética y poesía*, Madrid, Fundación Juan March, 2005, pág. 17.

Memoria y cultura junto a internet: ni retos ni desafíos por Pedro Carrero Eras

Lo afirmo con rotundidad y sin temor alguno a equivocarme: si no hubiera estudiado en 4º curso de bachillerato aquel manual de “Historia de la literatura universal” no habría escrito nunca un solo verso [...] El descubrimiento de un libro en el que figuraban los mejores escritores de todos los tiempos, se consignaban sus obras más importantes y se enumeraban sus características formales y temáticas más sobresalientes supuso para mí una especie de Apocalipsis del que aún no me he recobrado del todo³⁸.

Después, este autor se refiere también a la desaparición de esta asignatura en los actuales planes de estudios.

De manera que tengo la intención de romper una lanza por la memoria, por el ejercicio de la memoria. No sé si estoy yo equivocado, pero sospecho que, en nuestros días, el ejercicio de la memoria debe ser algo muy mal visto y minusvalorado, tanto por educadores burócratas como por educadores en ejercicio, así como por padres y, por supuesto, por los propios alumnos. ¿Para qué ejercitar la memoria, para qué obligar a los tiernos infantes a ejercitar la memoria –lo que sería, sin duda alguna, una crueldad–, si ya tenemos Internet, el disco duro de los ordenadores con todos sus almacenes, los softwares, los multimedia, el CD-ROM, el DVD y otros soportes? Basta con que el niño sepa, con destreza, apretar la tecla correspondiente, algo que suele fascinarle desde su más tierna infancia, y en lo que suele ser muy práctico.

Observen que, al hablar del niño y el ordenador, he empleado la palabra “destreza”. *Destreza*, terrible palabra: reina y señora de los actuales planes educativos, hasta el punto de que también hace tiempo que desembarcó en la Universidad y se habla mucho hoy de ella en los objetivos de las nuevas titulaciones que se barajan conforme a lo previsto en el protocolo de Bolonia: unos objetivos que deben tener presente las destrezas y la profesionalización del alumno con vistas al mercado de trabajo; una Universidad que debe ser a toda costa rentable, aunque se corra el peligro de que ya nadie enseñe a nadie quién era Dante Alighieri ni Beatrice, porque saber algo sobre Dante o Beatriz apenas si es rentable. Al final, si ustedes lo piensan bien, y conforme a lo que suele estar de moda, todo se reduce a destrezas, informática y conocimiento del inglés (bueno, seamos justos: también está esa otra carrera, la de fisioterapeuta, y para la que se necesita, en la selectividad, una nota muy alta). ¿Dónde queda el lugar de la cultura, en su sentido más amplio y

³⁸ *Ibid.*, pág. 19

humanístico del término? Pero no quiero perderme más por este camino, ni ponerme terrible. Seguro que ya se nos ocurrirán mecanismos y procedimientos compensatorios.

Se dice que la memoria es la inteligencia de los tontos, y yo quiero romper una lanza por el ejercicio de la memoria, aún a riesgo de parecer tonto, porque, si se me permite imitar a Rafael Alberti, lo que veo suele ser, con frecuencia, tan tonto, que me hace dos tontos. Veo, por ejemplo, excesiva fascinación hacia las nuevas tecnologías, sin sombra alguna de crítica y de reflexión.

La propia memoria, el mero almacenamiento de datos, no solo tiene una función práctica, sino que también posee una función estética agradable. No digo yo que haya que guardar siempre en nuestra memoria aquellos acontecimientos desagradables de los que hemos sido protagonistas o espectadores. La propia naturaleza humana, con sus mecanismos de defensa, tiende a eliminar los recuerdos tristes, o, al menos, a solaparlos o incluso edulcorarlos. Pero a eso lo llamaría yo la memoria personal biográfica, la que tiene que ver con las vicisitudes de nuestra propia vida.

Luego está la memoria enciclopédica, esa que sabe, por ejemplo, que en 1492 se conquistó Granada, se expulsó a los judíos, se descubrió América y Nebrija publicó su famosa *Gramática castellana*, la primera gramática sobre una lengua vulgar. O que, durante la Guerra Civil española, en 1938, el *Pandit* Nehru visitó la zona republicana, en misión de apoyo. O que, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la rendición del Japón ante las potencias aliadas, presidida por el general McArthur, se firmó el 2 de septiembre de 1945 en la cubierta del acorazado Missouri, fondeado en la bahía de Tokio. El simple hecho de recordar esos datos no tiene ninguna finalidad práctica –no estoy hablando ahora de exámenes u oposiciones–, pero ya sabemos que la inmensa mayoría de las cosas que estudiamos y que nos enriquecen cultural y espiritualmente no tienen un inmediato resultado económico. Pero sí que tienen en nosotros, insisto, un efecto estético y placentero, por el mismo hecho intrínseco de recordar, por la capacidad de reconstruir, de revivir, facultad, como es sabido, propia de la condición humana.

Se ha dicho muchas veces, pero conviene volverlo a recordar aquí: es preciso tener memoria histórica, sobre todo para que ciertos errores y ciertas atrocidades no vuelvan a repetirse. Dentro del melancólico panorama que, en el terreno académico y en los futuros planes de estudio presentan hoy día las Humanidades, la Historia es una materia desconocida para una gran mayoría de los ciudadanos.

Memoria y cultura junto a internet: ni retos ni desafíos por Pedro Carrero Eras

4. El ejercicio de la memoria como recreación estética: la literatura.

Al romper una lanza por el ejercicio de la memoria no puedo por menos que hablar de la literatura. La palabra literatura deriva, como es sabido, del latín “littera”, que significa ‘letra’, y hace referencia a lo escrito. Pero lo escrito, como es bien sabido, es pura grafía de lo oral, y no resume todo lo que es el complejo fenómeno de la creación y la transmisión literarias. Existe –o ha existido– una literatura oral, de transmisión oral. Están los libros, y están los escritores, pero también están los lectores, que reproducen, que citan, que transmiten. En todo ese proceso la memoria ejerce un papel importante. Lo ejercía en los romances, que se transmitían de generación en generación, y que, por desgracia se han ido perdiendo, y lo juega hoy día en los cuenta-cuentos, práctica muy de moda y saludable que contrarresta los posibles efectos perniciosos que puedan derivarse de la intoxicación debida a los medios audiovisuales. Y por no hablar del teatro, en el que los actores deben ejercitar a ultranza la memoria.

Cuando hablo del ejercicio de la memoria como recreación estética pienso en todas las veces en que, como amante de la literatura, me he esforzado en aprenderme poemas enteros. No se me malinterprete: eso no lo he hecho por mera práctica profesional, para ser más gráfico y efectivo en mis clases, lo que, sin duda, cuando así ocurre, creo yo que puede tener un efecto motivador. Lo he hecho, lo vengo haciendo desde hace muchos años, por puro placer espiritual. El impulso inicial era ese, y no el de pavonearme ante los alumnos recitando versos de memoria. Así, si un día se fundieran los plomos de Internet y se quedaran las páginas de los ordenadores en blanco, o algún mandatario enloquecido dispusiera que hay que quemar todos los libros –como en aquella película de Truffaut *Fahrenheit 451*³⁹– sepan ustedes que un modesto servidor se sabe de memoria, entre otras cosas, el elogio de las dueñas chicas de Juan Ruiz, autor del *Libro de buen amor*; o buena parte de las Coplas de Jorge Manrique por la muerte de su padre, el maese Don Rodrigo; o los sonetos de Garcilaso y de Góngora sobre el tema del “carpe diem”; o el soneto de

³⁹ La película es de 1966, y está basada en la novela del mismo título, de 1953, del escritor norteamericano Ray Bradbury. A 451 grados Fahrenheit el papel de los libros se inflama y arde.

Quevedo "Amor constante más allá de la muerte"; o el poema "Lo fatal", de Rubén Darío; o el comienzo de *El Canto General*, de Pablo Neruda, "Amor América", o su "Oda al caldillo de congrio"; o el "Himno a las Brigadas Internacionales" de Rafael Alberti... Ustedes me perdonaran este obscuro exhibicionismo cultural, pero les aseguro que sin la recreación en mi mente de esos y otros poemas, yo no sería quien soy ni sería el mismo cuando amo, cuando soy feliz, cuando sufro, cuando paseo por el campo o me encuentro en un vagón de metro, cuando estoy solo o acompañado. Y pido a Dios que me dé aliento y me conserve todo el tiempo que sea posible la memoria, para que pueda mover la voz debida a esos y otros textos de la literatura.

Es un ejercicio que recomiendo: no confiarlo todo al disco duro, a la información facilitada a través de la Red. Que lo aprendido tenga un eco en nosotros, en la memoria reproductora. Esa actividad no está nada lejos de saberse de memoria letras de canciones. ¿Es que, acaso, eso mismo no reconforta también? Quizá, entre los españoles, por ese fuerte sentido que tenemos del ridículo, no está tan extendida como en otros vecinos europeos la práctica de saberse de memoria –y de demostrarlo delante de los demás– versos de Dante o párrafos de *I promessi sposi*, de Manzoni, como los italianos, o de Shakespeare o de Wordsworth, como los británicos, o trozos de Molière o de Voltaire, como los franceses. Creo que el español, con su famoso sentido del ridículo, siente un especial pudor a demostrar sus conocimientos y a ser tomado como un pedante. Pero ¿por qué resistirse a aprenderse de memoria poemas, y demostrarlo, y no resistirse, en cambio, a aprenderse y demostrar que uno se sabe de carrerilla o de carretilla la alineación de un equipo de fútbol, o a conocer del mundo del fútbol hasta los más pequeños entresijos, como las últimas declaraciones balbucientes de tal entrenador, o el insulto que ha lanzado tal presidente de un club contra otro club rival a través de los medios, o como los pormenores de la operación de menisco de tal jugador? ¿Por qué somos tan listos y ejercitamos la memoria para unas cosas, y somos, para otras, tan insensibles e inútiles?

5. Esfuerzo y rigor junto a Internet.

También esta conferencia podía haberse titulado así: "Esfuerzo y rigor junto a Internet". Vivimos en el mundo de la prisa y en la obsesión por realizar cualquier trabajo empleando el menor esfuerzo y tiempo posibles. Así, las nuevas tecnologías se abren ante la especie humana como una forma idónea para liberarse, en buena medida, de esa

Memoria y cultura junto a internet: ni retos ni desafíos por Pedro Carrero Eras

maldición bíblica que es el trabajo. No voy a exaltar el trabajo por el trabajo. No podemos pasar por alto las terribles formas de explotación que se han prolongado injustamente a lo largo del tiempo. Solo gracias a un buen rosario de revoluciones, revueltas y luchas sindicales se ha conseguido la jornada de ocho horas, las vacaciones pagadas, el descanso dominical –que, con el tiempo, incluye el sábado y se ha extendido a lo que ahora conocemos como fin de semana–, y otra serie de disposiciones que han permitido al trabajador disponer del descanso y ocio suficientes. (Pero, aunque me salga un poco del tema de esta conferencia, piénsese también en la trampa que encierran las nuevas tecnologías, que pueden convertirse en un factor más de explotación que utilice el empresario con el asalariado: si las nuevas tecnologías permiten trabajar más rápidamente, al trabajador se le puede exigir un mayor rendimiento en menos tiempo, lo que daría lugar, por ejemplo, a un contrato basura de tipo parcial. Y así, se provocaría la prisa en el trabajo, el estrés del trabajador y, muy probablemente y como resultado, un mal trabajo).

Aclarado esto último, y el principio de que todo trabajador tiene derecho a disfrutar de un empleo racional y no agobiante, lo cierto es que no hay, en este mundo, posibilidad de supervivencia y de desarrollo sin rigor y esfuerzo. En este sentido, la prisa, como obsesión, nunca es buena cuando lo que se pretende es hacer una obra bien hecha. Por mucha información y recursos técnicos que se posean, si no se aplica rigor y meticulosidad en la labor que se realiza, y una cierta dosis de cautela y sentido crítico, el resultado puede ser catastrófico. Y aún así, siempre estamos sujetos a error. Lo demás es frivolidad.

La gran fascinación de Internet está en que se presenta como redentor de esperas, desplazamientos, dilaciones, trabajos forzados de antaño y otros sufrimientos por el estilo. Internet nos acerca más a un mundo feliz, a la utopía de una gran calidad de vida. En principio, Internet nos permite trabajar más, rendir más y realizar el trabajo más cómodamente. Yo puedo entrar en el catálogo de la Biblioteca Nacional y así ahorrarme un desplazamiento previo, y sin duda alguna cada vez más libros serán colgados, en su integridad, de Internet. (Pero que no sean como *Canción de Navidad*, de Dickens, colgada por alguien en la Red, y que imprimí porque me convenía en un determinado momento. Pero, al final, resultó que el texto estaba cuajado de errores y erratas, por lo que decidí comprarme el libro).

Internet, o la Red, como se prefiera llamar, y sus mejores buscadores, como Google, es un inmenso océano de información. Pero

como en todos los océanos, la travesía y navegación requiere del internauta una serie de cautelas y procedimientos de actuación que permitan, en primer lugar, comprobar la veracidad de las informaciones que obtiene a través de la Red. En ese sentido, la memoria y la cultura del propio usuario, aunque por sí solas no ofrecen una total garantía, sí que pueden ayudar a corregir errores. Todo ello depende del esfuerzo que se quiera poner en la tarea y de la capacidad de rigor del internauta.

Primer principio: tratar de comprobar la veracidad de las informaciones. Los errores frecuentes en la información facilitada, la falta de cuidado y precisión, la información precipitada, todo lo que ya venía ocurriendo en la prensa periódica y en los restantes medios de información, se detectan en muchas noticias que aparecen en Internet.

Pondré un ejemplo concreto. El premio Cervantes del año 2004 fue para Rafael Sánchez Ferlosio. Antes de que se le concediera, tenía en la Red entre 4.000 y 5.000 entradas, confirmadas en el buscador Google. A los pocos días de haber saltado la noticia de la obtención del Premio Cervantes, Ferlosio llegó a tener entre 40.000 y 50.000 entradas, es decir, que multiplicó por 10 su presencia en Google. Ya sé que no todas esas entradas virtuales se expresan en una primera muestra, puesto que, al llegar a una determinada página, se nos advierte que el resto de las entradas son parecidas o semejantes a las que se han ofrecido. Aún así, con que hubiera, de esas 40.000, solo 1.000 entradas efectivas, examinarlas todas ya es una tarea ardua.

Naturalmente, aquí se presenta un hecho un tanto preocupante que, curiosamente, desdice lo que más arriba apuntábamos: si afirmábamos que Internet facilita el trabajo, ahora resulta que se ha producido un hecho de signo bien contrario, que implica mucho esfuerzo, pues, quien consulta –que puede ser un alumno, al que le han mandado un trabajo sobre Ferlosio– se encuentra con una montaña de información, ante la que, sin duda, deberá ejercitar una laboriosa y oportuna labor de selección, es decir, una tarea ímproba. ¿La abordará, de verdad, o se quedará paralizado, o se colgará de lo que más a mano se le presente, quizá no lo más oportuno o fiable?

Segundo principio: la necesidad de seleccionar lo conveniente en los buscadores. Aunque estoy seguro de que los buscadores se irán perfeccionando y especializando con el tiempo, separando el trigo de la cizaña, lo cierto es que ahora se acumula en ellos mucha broza y morralla informativa. La mayoría de esas más de 40.000 entradas sobre Ferlosio son de periódicos que ofrecen la noticia de la concesión del Cervantes, con algún que otro resumen biográfico sobre el autor de *El Jarama*. Es

Memoria y cultura junto a internet: ni retos ni desafíos por Pedro Carrero Eras

decir, aquí nos encontramos con un Internet que podríamos definir como hemeroteca virtual. Y los errores y las imprecisiones se multiplican, pues muchas informaciones son el recuelo –como el café de recuelo– de noticias ya aparecidas en otros medios. Ese fenómeno, como ya he apuntado antes, ha ocurrido desde que existe la prensa periódica e Internet no hace sino reproducirlo.

Una de las entradas no era, precisamente, de un periódico, sino de un boletín informativo nada menos que del Ministerio de Cultura –organismo estatal tan estrechamente ligado a la concesión del Premio Cervantes–, y en él se decía, con el mayor desparpajo, en la nota biográfica sobre Ferlosio, que éste era Doctor en Filología Semítica, cuando sabido es que Ferlosio comenzó esa carrera –como otras dos más, Arquitectura y Cinematografía– y no las terminó, no habiendo pasado, académicamente, del título de bachiller (lo que, por otra parte, él tiene muy a gala, pues no se considera en modo alguno “profesional” de nada). Sin duda, la persona que tuvo que pergeñar deprisa y corriendo –recalco, “deprisa y corriendo”– la nota biográfica o la copió de alguna fuente que desvariaba o confundió, atolondradamente, ese esbozo de comienzo de Filología Semítica, que nunca terminó, con los dos Doctorados Honoris Causa que se le han otorgado a Ferlosio (Universidad de La Sapienza de Roma y Universidad Autónoma de Madrid).

Así como existe el antivirus informático, debería existir también el antivirus intelectual, de donde el virus sería la información incorrecta o falsa, o superficial o frívola, y el antivirus, la actitud crítica y la meticulosidad de quien consulta (estoy seguro de que eso también se podrá resolver en el futuro: un banco de datos tan enorme y perfecto que actúe como detector de mentiras).

6. Internet y la pereza desvergonzada.

Creo que eran Los Luthiers quienes decían lo siguiente: “La pereza es la madre de todos los vicios, así que a una madre hay que respetarla”. Ese juego ingenioso de palabras apunta a una condición esencial del ser humano y nos vuelve a traer el recuerdo de la maldición bíblica: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Todo lo que sea huir de las molestias que conllevan muchos trabajos nos hace felices. Los italianos inventaron el concepto de “il dolce far niente”, precisamente porque,

acostumbrados a trabajar, valoraban más el hecho de estar mano sobre mano. El progreso y la técnica han redimido al ser humano de un buen número de esclavitudes en las que se derramaba mucho sudor: baste enunciar solamente el automóvil, el tractor, la cosechadora, la lavadora y ¿por qué no citarlo también? la fregona (habría que hacer un monumento a quien inventó la fregona, invento, como ustedes saben, español). En la misma línea redentora hay que situar a las nuevas tecnologías, y, en el centro de todas ellas, a Internet, la gran panacea que nos permite, sin desplazarnos y perder tiempo, informarnos de todo y sobre todo.

Pero en el terreno educativo Internet puede llegar a convertirse en un inmenso abrevadero de haraganes, que solo están dispuestos a molestarse en encender el ordenador, entrar en la información que necesitan y darle al icono de imprimir: para eso está, por ejemplo, el famoso "Rincón del vago". Pero yo prefiero hablar de ejemplos que ya han sucedido y de los que he tenido noticia, porque me gusta predicar con ejemplos. A unos alumnos españoles (unos tres o cuatro) que, dentro del convenio Erasmus, estaban cursando su año académico en un Centro de Formación de Profesores en Inglaterra, no se les ocurrió otra cosa que bajarse de Internet textos que tenían que ver con trabajos que sus profesores les habían mandado. Y tal y como los imprimieron así los entregaron: sin tocar una coma, ni un genitivo sajón. Los profesores británicos, que no debían tener un pelo de tontos y que sin duda también navegaban por Internet, descubrieron el engaño y suspendieron fulminantemente a esos chicos, que no consiguieron los créditos previstos, por lo que, al volver a España, tuvieron que matricularse apresuradamente de algunas asignaturas.

Claro que siempre habrá quien diga: pero si ese trabajo estaba ahí, al alcance de la mano, y estaba bien hecho ¿para qué molestarse en escribir otro? ¿Para qué castigarles? ¡Bastante esfuerzo demostraron ya al buscarlo e imprimirlo! (Yo me pregunto si esos jóvenes se tomaron, además, la molestia de leer lo que estaban bajando de Internet). Se puede llegar a pensar que, en esta era de la información, ya no sirven para nada la mayoría de las actividades y de los trabajos que suelen hacerse en la Universidad.

7. Internet y los niños.- Internet y la salud mental.- Internet y la moral.

Cualquier chiflado o cualquier desaprensivo puede colgar hoy día su página en Internet: iluminados, gurús de pacotilla, majaretas intoxicados de información, ansiosos de notoriedad, caóticos, arribistas,

*Memoria y cultura junto a internet: ni**retos ni desafíos* por Pedro Carrero Eras

profetas del Apocalipsis, es decir, toda una fauna humana variopinta aparece triunfal desde las páginas de Internet. Cuando solo existían la prensa y los medios tradicionales, como la radio o la televisión, había un mayor control. Aunque se leían, se veían y se oían muchas estupideces, falsedades o errores, como sigue ocurriendo a través de esos medios, lo cierto es que había jefes de redacción y responsables de áreas que supervisaban los mensajes y textos (y también desde el punto de vista gramatical) que se imprimían o emitían y, por supuesto, unos directores que podían salir al paso de determinados desafueros que rozaran los límites de lo establecido por el Estado de Derecho. Internet, en cambio, en su dimensión global, ofrece toda una selva de posibilidades fuera de un mínimo control, con webs que van desde la información más culta y valiosa hasta portales delirantes que reflejan todo lo peor y más abyecto y aborrecible de la condición humana: por ejemplo, fanáticos de cualquier signo, sectas, racistas, nazis, peligrosos juegos de rol... El pasado año hubo (me estoy refiriendo al 2005) una conferencia sobre terrorismo que tuvo lugar en Madrid, y en la que se informó que en la Red existen 4.000 (repito, 4.000) webs islamistas, que de un modo u otro incitan al odio y a la consiguiente violencia.

Nos hallamos todavía (somos conscientes de ello) en la prehistoria de Internet y de las nuevas tecnologías, así como de un Derecho Internacional que rija su funcionamiento, y muchas de las páginas que aparecen o rozan de una forma sutil, para cubrir el expediente, las fronteras del derecho, o vulneran descarada y atrocemente las leyes y, por consiguiente, la dignidad humana. Sabemos que las autoridades están poniendo remedio, por ejemplo, contra las redes de pedófilos, y que existen patrullas especiales de la Policía y de la Guardia Civil para descubrir y desbaratar esas tramas.

El chateo (o garrulería) que se mueve gracias a Internet ofrece también aspectos tenebrosos. También noticia del pasado año es que, según los medios de comunicación, uno de cada cinco niños que chatea es acosado por pedófilos, o incitado al asesinato o al suicidio.

Está claro que esta conferencia también podía haberse titulado “Cultura y ética junto a Internet”, y que este tema, el de Internet, los niños y la ética, desarrollado como se merece, podría dar lugar a otras muchas conferencias.

8. Internet y la realidad o la realidad junto a la realidad virtual.

El conocimiento directo del medio y de la realidad está en las bases de la moderna pedagogía. Quizá no esté de más hacer un poco de historia: recordemos que, en contraste con los anquilosados y polvorientos métodos tradicionales de escuelas y colegios, la Institución Libre de Enseñanza trajo el viento fresco de las visitas al campo, las excursiones, la observación atenta de la naturaleza, así como las prácticas de laboratorio, sin olvidar de estimular entre los alumnos la afición a la lectura, al teatro, la música, y al deporte activo, así como organizar y fomentar las visitas a museos y monumentos.

Es evidente que la realidad virtual que ofrecen Internet y los multimedia es un primer paso, nada despreciable, pero no puede sustituir del todo a la realidad. Puede ser un excelente prólogo y método inicial de trabajo, nada más que eso. La entrada virtual en el Museo del Prado no exime de su visita.

Con un exceso de la realidad virtual practicada en los métodos educativos de hoy en detrimento del conocimiento directo de la realidad propiamente dicha, se corre el peligro de crear individuos excesivamente sedentarios y audiovisuales, destinados a colgarse para siempre de la pantalla del ordenador.

¿No estaremos virtualizando demasiado la realidad a través de las nuevas tecnologías? He aquí una muestra, otro ejemplo, que no es de Internet, pero que tiene que ver con lo audiovisual y puede servirnos también a la hora de estudiar lo virtual como un filtro deformante, o como una barrera que se interpone entre el receptor y la propia realidad: me refiero a las cámaras digitales de fotos, así como a los teléfonos móviles que "echan" fotos (yo tengo uno, y perdonen ustedes esta expresión tan basta al decir "echar", que creo que es la que se merece). La anécdota es del mes de marzo pasado. Tiene lugar en Valencia, en la famosa "Cremá": cuando comienza a prender la llama en los estrafalarios "ninots" de una falla, observo que se alza entre donde yo estoy y la falla todo un mar de brazos con sus cámaras digitales y teléfonos-cámara, y todo un mar de cabezas y de ojos pendientes de... no exactamente de lo que está ocurriendo, sino de la pantallita, y de que si la imagen que se quiere reproducir está bien o mal enfocada.

Y ese turista, en cualquier lugar del mundo, que va armado de cámara digital ya no suele ver exactamente lo que se muestra ante sus ojos —no ve ese templo, ni esa ermita, ni ese cerro, ni ese castillo—, sino

*Memoria y cultura junto a internet: ni**retos ni desafíos* por Pedro Carrero Eras

solo lo que ve, de forma casi obsesiva, a través de la pantalla de su cámara. Y confieso que yo también practiqué lo mismo esos días de San José en Valencia, con mi teléfono que hace fotos. Como si de un ritual fetichista se tratara, fui presa de esa maniática y obsesiva práctica de recoger y almacenar la mayor cantidad posible de imágenes. Lo hice en lo que más me gusta de esas fiestas: el pasacalles de las innumerables y vistosas cofradías. Luego descubrí que me estaba perdiendo lo mejor, la visión directa de lo que estaba sucediendo: por ejemplo, la imagen de esa bella muchacha, ataviada con el traje regional, que llora contenidamente tras haber pasado delante de la Virgen de los Desamparados ante la que ha depositado su ofrenda, o la de los rostros cansados, pero tercos, de esos músicos que interpretan, por enésima vez, la “Valencia” del maestro Padilla.

Pedro Carrero Eras
Universidad de Alcalá